Lo Siento

Adrià Gil Viñuelas

Image not found.

Capítulo 1

Capítulo I

Alejandro

Alejaos de mí. Fuera, adiós, no quiero saber nada, ni de ti ni de nadie.

No quiero seguir sintiendo tu presencia. ¿Por qué me buscas? ¿Qué quieres de mí? ¿Por qué no puedo callarte?

Alejaos de mí. Déjame en paz, dejadme en paz. No quiero seguir siendo prisionero de este tormento.

Dadme la dosis y largaos, dadme los somníferos, que vuelva al estado vegetativo que os interesa y abandonadme: sin fuerzas, sin alma, sin ideas, sin sentir, sin obrar, sin vivir, sin respirar, sin amar, sin desear…

Alejaos, alejaos, por favor, sólo pido que os marchéis y me dejéis morir tranquilo. Mientras duermo, quizás para siempre. No lo sé, mi cuerpo está herido y en el interior sólo tengo humo, toxinas y 33 años de errores y depresiones. Dejadme yacer en mi rincón tranquilo. No volváis.

No volváis…

– Sr. Alejandro Aniano, tiene usted el alta, puede irse – dijo el doctor.

Salí del centro, donde he estado gran parte de mi vida encerrado y alejado de la realidad. Llevado por mi madre y sujetado por el resto de mi familia; en contra de mi voluntad fui llevado a esta cárcel de almas. Hoy, ¿quién ha venido a buscarme ahora que estoy libre? Ahora que estoy ¿limpio?

¿Dónde estás mamá? ¿Dónde está la persona que se preocupó por mi rehabilitación? No te veo, ¿te has rendido? ¿Me has abandonado? ¡Qué pena! ¡¿Quién quiere a alguien que te abandona a tu suerte en un sitio tan tenebroso como este?! Las paredes tenían un blanco tan sucio como frío, tan pestilente como indeseable, tan horroroso como mortal.

La caridad vale cinco euros, los justos para coger el primer bus que pasara cerca de mi casa, bueno, no sabría decir si aquello que menciono como *casa* cumple con todas las acepciones del diccionario acerca de su definición.

Seis y media de la tarde, llegué a mi humilde pocilga. Casi seis años sin pisarla y, por lo que veo, nadie ha vuelto a visitarla hasta entonces. La suciedad se ha hecho dueña de mi techo con muebles. *Bicho*, nombre con

el que bauticé a mi hámster, se había convertido en un montón de huesecitos y un plato exquisito para los gusanos y bacterias que se preocuparon por vaciar la nevera y el resto de las despensas que dejé aquí. Habían humedades en las paredes y en el techo, las puertas sonaban de una forma tan chirriante como molesta, olía tanto a mierda que tuve que aguantar mi propio vómito, pues no quería pillar ninguna infección si iba a echar el desayuno en el baño, puesto que terminó convirtiéndose en la mansión de las bacterias: moho, ácaros, humedades, gusanos, ratas, palomas, todo aquello que portaba enfermedades se había depositado en mi casa. Nada funcionaba, ni la televisión, muerta del asco y por el polvo, ni la nevera, ni siquiera la calefacción.

Estaba condenado, pues, a morir junto a esta pocilga con piso y escalera, a formar parte de las bacterias que se adjudicaron en esta morada. Seré un trozo de carne descompuesta y rendida por el sino que nunca vino, por aquello que se fue y no quiso volver, por todas las veces que me he herido de manera voluntaria y por todos aquellos que me prestaron un voto de confianza y no quise hacerles caso, pues el ruido de la nariz cuando te pide ser tapada por aquello que llamaba *polvo mágico* era tan fuerte que ensordecía todos los consejos que ahora con sumo gusto recibiría. Así pues, busqué un sitio donde sentarme y escogí un rinconcito del suelo del salón, ya que era más sano sentarme ahí que en el sofá, aunque, qué más da, sólo quiero estar tranquilo de una puta vez.

De repente escuché un ruido sospechoso:

– ¿Hola? ¿Hay alguien? ¡¡No tengo dinero!! ¡¡¡No tengo nada!!! Así que vete, ¡¡¡Por favor!!! – grité, desesperado, no sabía dónde se producían estos ruidos, estaba asustado, ni siquiera tenía fuerzas para enzarzarme en una pelea.

– No tengas miedo, aunque me oigas de lejos estoy más cerca de lo que crees. – ese ruido se manifestó con una frase tranquilizante, aun así sentía miedo, ¡no lograba localizar su presencia!

– ¿Dónde estás? No puedo verte – le pregunté.

– Soy fruto del error, de tu arrepentimiento y donde realmente estoy es en todas aquellas partes donde tu alma se vio precipitada a un vacío que tú mismo creaste. Estoy también en tus aciertos, pero sobretodo me encontrarás en sitios que no quieres recordar.

– No sabes nada de mí. Coge lo que quieras y lárgate.

– ¿Aún no te has dado cuenta? Tú mismo me has creado, Alejandro, tú eres quien me ha traído aquí, piensa y analiza tus sentimientos. Quiero recordarte ciertas cosas que quizás los antipsicóticos te han hecho olvidar. Tu tenebrosa alma ha recurrido a mí para recordarte quién es Alejandro

Aniano – dijo aquella voz que no paraba de atormentarme.

De repente empecé a verlo más claro. Empecé a callar mis miedos, terminé de sentarme en ese rincón, a acomodarme, y sólo escuche lo que esta creación propia vino a contarme. En ese momento y sólo en ese momento me callé, cerré los ojos y me fundí a todos los recuerdos que *él* estaba transmitiéndome.

Alejandro, eres una persona sensible y que nunca ha soportado que lo juzguen, por eso te juzgabas a ti mismo de una forma extremadamente dura. Así que decidiste refugiarte en algo que lo único que hacía era matarte por dentro, exprimir todos y cada uno de tus sueños que tanto ansiabas de pequeño, ¿no lo recuerdas? ¿Dónde está ese graduado en astronomía que tanto soñabas? Te lo esnifaste, ¿dónde está esa mujer, esa musa, esa fiel compañera, amiga, consejera, que tanto deseabas? Se esfumó, fluyó como fluían más de cien gramos de LSD que recorrían por tus venas, ¿quién quisiste ser? La marihuana ha borrado tus sueños y gran parte de los hemisferios de tu cerebro. Sólo veo nostálgicos recuerdos, como cuando paseabas por el parque con tus padres, ¿no los recuerdas? Aquellos que ahora bajan la cabeza cuando preguntan por ti, pues no pueden pisar ningún lar de Tarragona sin ser observados y juzgados por malos padres. Por haber permitido que su hijo se ahogue en un mar que consume sueños, aspiraciones, metas, ilusiones y, por último, a la persona.

Alejandro, el que salva a los hombres o el que se aleja de ellos, alguien a quien la sociedad ha repudiado con causa justificada, ¿no recuerdas las veces que tu cuerpo delgado, marchito y destrozado por tus actos ha reposado entre rejas? Sumergido entre tus semejantes: vándalos, delincuentes, asesinos, violadores, drogadictos…

Perdiste en este juego, la noria nunca giró para ti, la vida te tenía reservado un sitio en el banquillo de los perdedores y, antes de que observes el color de mierda con el que se podría pintar tu vida, me gustaría que siguieses recordándote a ti mismo como aquel niño pequeño que sólo soñaba, que cogía cualquier cosa y la arreglaba, aquel mismo chiquitín que hizo volar avionetas sólo con un circuito cerrado simple, ese mismo que a los doce años ya sabía leer las nomenclaturas de la tabla periódica de una manera tan perfecta como admirable. Ese niño quiero que veas, esa parte de ti que asesinaste por exigirte demasiado. Ya eras bueno, el mejor, ¿por qué necesitabas cocaína? ¿Es cierto que agudiza los sentidos, o es que sólo crea una sensación parecida a la euforia? ¿Anfetaminas para seguir rindiendo? ¿Marihuana para relajarte?... ¿Ves? poco a poco fuiste creando tu propia tumba, ¿Todavía te explicas por qué tu madre no vino a buscarte? Eres una sustancia finita y destrozada. La familia te llevó donde se depositan todos los cadáveres anímicos, eso a lo

que llamo *basuras de mentes*.

No pienses que estoy aquí para darte compasión y consuelo, estás viendo que mi único cometido es hacerte recordar todo lo que en estos seis años han intentado hacerte olvidar mediante más drogas o, como a la farmacéutica le gustaría oír: remedios, curas o recetas médicas.

Te voy a decir realmente quién eres. Te voy a decir cuáles fueron tus errores y por qué sigues andando de rodillas, por qué esa penitencia diaria que tu alma descompuesta sigue encajando por culpa de las dosis que tu cuerpo pedía. Tú, mataste a tu mente, mataste a tus sueños y esos crueles asesinatos me han dado a la vida. Debería darte las gracias por ello, pero no siento ni padezco ni una mitad de lo que deberías de sentir tú por toda una vida echada a la basura.

– Lo siento – le dije a *él.*

Mis lágrimas empezaron a caer, mientras las palabras iban entrando por mi mente como si de un taladro de doble broca se tratase, con el mismo dolor que había supuesto el estar donde estoy ahora, no hay penitencia física que brinde tanto castigo como el que estoy padeciendo a día de hoy. Aun así, mi *yo* sólo se centra en escucharte, en sentir, solo en pedir perdón por todo. Mi redención ha aparecido y lo único que puedo hacer es callar, ¿qué otra cosa puedo hacer?

Alejandro, tu cuerpo es fuerte, pues ha sobrevivido a una serie considerable de sobredosis, pero tu mente fue débil durante mucho tiempo. Voy a contarte ciertas historias que tal vez te suenen. A describirte situaciones en las que seguramente te sentirás identificado e incluso me aplaudirás por habértelo mostrado tal y como te lo mostraré a continuación. Tus ideas y tus intenciones fueron buenas para realizar los proyectos que querías realizar, pero siempre pasaba alguna cosa en el camino, te veías frenado en pleno despegue y no lograbas avanzar cual persona ambiciosa y hambrienta en conseguir sueños. Me reitero, pues, con la misma idea principal, recuerda, chico, sólo recuerda, y el obrar de tu mente se encargará del resto.

Capítulo 2

Capítulo II

Cuento del perdedor

Una hermosa mujer dio a luz a una criatura con un espíritu tan puro que podía verse en el exterior. Este niño estaba bendecido con el don del éxito, se veía en aquellos ojitos que aún no estaban preparados para percibir el mundo que con sus hechos iba a devorar. Todos estaban atónitos: sus padres, sus tíos, sus abuelos, los médicos, etc.; esta era la creación más perfecta que habían visto, pues sería capaz de superar límites inalcanzables, de realizar funciones que los expertos en la materia aun desconocen y con el tiempo él sería el encargado de brindar esa luz que ilumine el camino a una nueva era.

Fue pasando el tiempo, fue pasando su infancia, éxito tras éxito el niño iba encaminando el mundo hacía sus sueños, el universo sólo giraba si él quería. La tierra que todos conocemos se rendía únicamente con la fuerza de sus pisadas. Sus notas eran increíbles, sus creaciones asombrosas, sus escritos no tenían cabida en el rincón de la ignorancia. Es un auténtico diamante en bruto que poco a poco fue puliéndose con una precisión milimétrica. No había sitio para el error, este chico tenía que ser el mejor científico del mundo.

Siguió pasando el tiempo, tan rápido como un ave emigra de un continente a otro y, muchas veces los sueños no llegan si sólo aplicas tu talento. Eso le pasó a nuestro joven protagonista, su talento era tan preciso y tan bendecido que era capaz de vencer a la competencia de clase media con medio chasquido; sin embargo, aquel científico que se esfuerza y no duerme por culpa del arduo trabajo en el laboratorio, era capaz de darle mil patadas a nuestro joven protagonista. Él, frustrado por no lograr los premios que estaba destinado a conseguir, empleó recursos que no debió utilizar: envenenar y sabotear muestras, para así alimentar su ego con premios y reconocimientos en el campo del empirismo que realmente era comida para su yo científico, no para su espíritu que manchó con cada acto de egolatría que fue cometiendo a lo largo de su aprendizaje.

Algo se truncó en la mentalidad del aspirante a premio Nobel, siguió saboteando el trabajo de todos sus competidores, continuó ganando medallas inmerecidas, hasta que la fortuna le fue esquiva y dictaron una demanda en su contra. Dicha declaración jurídica concluyó con la dura, pero merecida, sentencia que le prohibió de todo acto conmemorativo, de todas las ceremonias, exposiciones y de cualquier tipo de participación en el campo de la ciencia. Él mismo se cortó las alas con las que fue bendecido, aquellas alas que muchos trabajan para conseguir y que él

tuvo nada más nacer.

Mataron a nuestro protagonista. Sin trabajo, sin futuro, odiado por el gremio que le había dado todo. Siguió sin ver qué era lo que realmente fallaba en la ecuación. Seguía creyendo que el enemigo era el resto, que el mundo sufría un grave síntoma de envidia hacia su talento, no se enteraba de que el problema era él y de la venda imaginaria que el ego le había puesto en sus ojos. Esa ceguera espiritual le estaba destruyendo paulatinamente. Llevado por el tiempo libre y por la escasez de atractivo, decidió gastar una gran parte del dinero ganado con sus sucios reconocimientos en amigas, señoritas de compañía, calmando una sed de media hora, pero alimentando una depresión permanente, que lo único que hacía era seguir pagando el amor a horas de una profesional para taponar las voces que le decían quién fue el auténtico culpable de su derrota.

A una edad temprana para una vida humana, nuestro protagonista decidió ponerle punto final a su camino. Saltó, lo más alto que pudo y su cuerpo se precipitó al vacío. Prefirió morir a aceptar su derrota, su ciego yo fue el asesino de su alma, quien, corrompida por el ego, truncó el camino de aquel hombre que nació con el poder de deslumbrar al mundo. Rindieron un funeral en su honor, no obstante sólo asistió su familia, cabizbaja por miedo a recibir fuertes críticas sobre los actos inmorales que el joven talento había cometido con tal de seguir recibiendo aplausos fáciles.

El camino al fracaso de esta persona nos lleva a una reflexión que nos resulta muy familiar, Alejandro, tú en su día fuiste alguien admirable pero permisiva a la hora de dejar que tu ego obre por ti.

Ahora, mírate las manos, están sucias, ¿verdad? No es mierda acumulada lo que se muestra en tus manos, sino todo un talento desperdiciado por no querer dar más, por creer que la competencia no es tan poderosa, por no trabajar día sí y día también, por exigirle a tu ego y no a tu alma, por decisiones equívocas, ahora tienes agujeros en las venas, ojeras tan negras como tu futuro y una desnutrición tan severa como aquel pasado que jamás volverá. Quiero que reflexiones acerca de tu yo puro, es decir, aquel niño que alcanzaba la perfección y que dicho talento fue enviado a la basura.

Alejandro, bienvenido a tu pasado.

Capítulo 3

Capítulo III

De lo prohibido a lo lujurio

Esta historia está situada en un pueblo perdido más allá de los Alpes. Nuestro protagonista, de familia humilde y rural, viaja hoy por primera vez en un avión de camino a Inglaterra en búsqueda de una oportunidad.

Llegó a suelo firme en la bella ciudad de Londres, corría el primer lustro de los noventa, en aquel entonces el grunge, las constantes reivindicaciones de la cruz de Saint George y los restos que dejó la copa mundial de fútbol adornaban las hermosas calles de Londres. Nuestro protagonista, de nombre Luca, invirtió un día entero en visitar las numerosas atracciones turísticas que la ciudad inglesa brindaba al turista con buen gusto. Luca, como todo chico criado en el campo, no le dejaba de asombrar todo lo que una gran capital le podía ofrecer, hizo fotos en su cámara de usar y tirar como si no hubiera mañana e intentó ver el máximo de cosas que pudo ver en un solo día.

Ese mismo día, Luca, llegó al apartamento que había alquilado exhausto pero satisfecho de haber invertido su primer día del resto de su vida en ver la que será su próxima ciudad, él, tenía como costumbre escribir en un diario todo lo que había hecho a fin de, en un futuro no muy lejano, poder mostrar todo lo que hacía durante el día a sus hijos. Se ayudaba de esos recuerdos mediante fotos, dibujos, expresiones, poemas, caligramas, etc.; si aún no te has dado cuenta con esta indirecta te lo aclararé: nuestro protagonista se pasaba el día escribiendo poesía, quería ser poeta y su mayor sueño es el de triunfar en el mismo país natal de su ídolo, William Shakespeare.

Al día siguiente, Luca se puso manos a la obra y empezó a buscar trabajo antes de que sus ahorros dejasen de cubrirle los gastos. Al cabo de una semana logró un trabajo en un restaurante situado en el barrio de Soho, cerca de donde reside, con este trabajo podía cubrir sus gastos y podía escribir para poder alcanzar cada vez su sueño. Los días transcurrían con cierta normalidad, ya que se centraba en ir al trabajo, volver a casa, escribir, dormir y levantarse temprano para volver a trabajar. La monotonía era el pan de cada día en la vida de Luca hasta que la conoció de casualidad, un día sirviéndole una taza de café.

“Qué chica tan apuesta”, “qué guapa es”, “quiero conocerla”, “es tan fina, tan adorable, tan…”. Luca había entrado en un estado de enamoramiento tan fuerte como para atreverse a pedirle el número de teléfono con un haiku, su atrevimiento resultó en vano, pues no logró el teléfono, pero sí la atención y el nombre de la chica. Se llama Samantha Stuard y

estudia arte en la universidad. A pesar de recibir constantes negativas, Luca insistió en saber más de ella, ayudándose de su gran talento para escribir. Con el tiempo, Samantha siguió viniendo al restaurante hasta el punto en que al fin le dio ese número y esa cita que tanto ansiaba. Semanas más tarde lograron acordar un día para verse y tomar el café, esta vez juntos, la cita fue redonda, pues ambos acabaron demostrándose sus sentimientos en aquella cama que les acompañaría el resto de la noche, y tal vez el resto de sus vidas.

El tiempo también pasa en la bellísima ciudad de Londres y Luca, fiel marido de Samantha, es ahora padre de familia y gerente del mismo restaurante donde la conoció. Los hechos siempre le sonríen a aquel que por sus sueños lucha, pero siempre están los pecados capitales para destrozar las vidas humanas. En este caso fue la lujuria la encargada de destruir la monotonía y la paz interior de nuestro protagonista. Lujuria se encarnó con el nombre de Margarett, compañera de trabajo de Luca, admiraba su obra, decía que eran los mejores poemas que había leído sin lugar a dudas, elogio común donde los haya para embaucar presas imposibles. La relación de ambos compañeros aumentó hasta un límite peligroso para el equilibrio de Luca, quien rompió seis años de fidelidad acostándose con la que soñaba ser musa de sus poemas. Probó lo prohibido, por primera vez sabía lo que era comer aquello que todo el mundo decía que no tienes que comer, y le encantó.

Con el paso de los meses, Luca seguía cometiendo esos actos de infidelidad con Margarett, quien cada vez le exigía más poemas, más sexo, más amor, más atención y nuestro protagonista de este cuento seguía comiendo del fruto prohibido cada vez más encantado del dulce sabor de esa manzana roja que hoy día brotan semillas en su interior, sin darse cuenta de la atención que necesitaba su familia. Samantha dejó de ser la musa de Luca y se convirtió en la madre de su hijo, quien poco a poco se veía sin un modelo de padre a seguir.

“Quiero el divorcio”, tras un año de idilios prohibidos, Samantha se enteró mediante amistades en común y procedieron a una dictar una sentencia que Luca no quiso aceptar, él considera a su familia como un equilibrio vital, sin darse cuenta que dicho equilibro que creía tan importante, se vio precipitado por sus actos. Samantha y su hijo, Roger, se fueron por la puerta de esos juzgados para no volver jamás y Margarett se fue con otro poeta, alguien que le diera una estabilidad mental más equilibrada que la que padecía nuestro herido protagonista. Estaba totalmente solo, esta vez sin aspiraciones, sin ganas de escribir, sin ganas de mostrar al mundo su arte. Se había atado en una rutina, era conocido en la zona del Soho pero no llegó a ser lo que quiso, no obstante apreciaba el equilibrio que la familia y el trabajo le brindaban. Pero lujuria, una vez probada su fruto, sólo se va cuando te ve derrotado, su alimento es tu lamento por haberla probado, por no haber sido lo suficientemente fuerte a renunciar a la

tentación.

¿No te recuerda a algo, Alejandro? Alejaste a aquella persona que tanto amabas por amar cosas materiales como la droga y tan carnales como las putas, permitiste que aquella mujer que valía un imperio y que lo aplastaría por ti se fuera con alguien que supiera cuidarla un poco. Se fue, como se fueron todas aquellas cosas que ahora lamentas haber perdido en este rincón de tu casa, sucio y dejado.

Alejandro, bienvenido a tu despecho.

Capítulo 4

Capítulo IV

Cuento de la familia

Nuestros seres queridos, aquellos que nos amarán por encima de cualquier cosa. Esta historia se remonta allá por el 38, en plena guerra civil un padre de familia, republicano, tiene que salir a combatir, pues las tropas insurrectas avanzaban con gran velocidad sobre Cataluña y peligraba la vida de su mujer y sus hijas.

A poco de empezar la batalla, el pobre padre de familia recibió un disparo mortal, justo en el corazón y no hubo forma de salvarle. Fue enterrado en una fosa común, como la gran mayoría de héroes caídos durante la guerra civil. La familia, dolorida por su pérdida, nunca llegó a saber dónde fue enterrado el cadáver de su miembro, pues los certificados de defunción eran inexistentes.

Pasaron cuarenta largos e intensos años, donde España vivió una etapa difícil, un momento en el que la revolución se pagaba con sangre y el habla propia estaba penada con la visita de la parca; tras la muerte de Francisco Franco se formó un caos en la política española, pues las constantes amenazas de otro régimen dictatorial albergaban en el miedo de todo español republicano que había encajado con orgullo la derrota, la posguerra y el despertar de un régimen que a día de hoy sigue haciendo mella en la cultura ibérica.

Afortunadamente, la muerte del padre no fue en vano y la familia de nuestro difunto protagonista logró sobrevivir durante todos estos duros años como pudieron, a días de hoy me atrevo a decir que están en una estabilidad económica confortable. Brígida, la madre, de unos 64 años de edad, empleó toda su juventud y todo su esfuerzo en empujar hacia adelante el legado que su marido le dejó: Julia y María, hermanas e hijas orgullosas de un difunto republicano en la guerra civil española. Ambas tienen una edad bastante avanzada, Julia, la más grande, tiene 45 años y, a su vez, María, la más joven, tiene 41 años. Las dos se caracterizaban por tener un carácter luchador, con todo lo que tuvieron que aguantar en la comunidad donde soportaron todas las amenazas del régimen franquista, lograron sacarse, por mérito propio y con todo el sacrificio de su madre, una carrera en el ámbito del magisterio, ambas fueron conocidas como las hermanas de la cultura, quienes fueron de pueblo en pueblo, edificando centros para niños analfabetos que no tuvieron la oportunidad de poder estudiar; durante sus etapas de crecimiento, desde la más extrema clandestinidad, hicieron una auténtica labor social reformando la cultura de aquellas pobres personas que no tuvieron la

suerte que ellas tuvieron.

Amanecía un día soleado como cualquier otro en una mañana de Agosto y Julia salió a desayunar cuando repente alguien la reconoció. No obstante a ella ni siquiera le resulta familiar ese rostro, aun presa de sus dudas, aquel misterioso hombre se acercó y la saludó con mucho entusiasmo, como si fuera un amigo de toda la vida que hacía años que no veías:

– ¡Hola! ¿Tú eres Julia? ¡Sí! ¡¡Claro que lo eres!! ¡Tú, eres una de las hermanas de la cultura! He admirado, admiro y sigo admirando vuestra obra. Allá donde pisáis aparecen niños que saben leer correctamente, hombres y mujeres que interpretan la historia desde un punto de vista objetivo. En fin, les brindáis a esta gente un mundo mejor y, la verdad, ¡como profesor me siento realmente entusiasmado de haberme encontrado con una de las hermanas de la cultura! No me he presentado, perdona mi atrevimiento propio de un adolescente y le ruego que acepte mis disculpas, mi nombre es Lucas, un gran admirador de vuestro movimiento – le dijo, todo ese discurso e introducción en cuestión de milésimas de segundo debido a la emoción del momento.

– Muchas gracias por tal gentil introducción, sus palabras dan a luz una certeza que hasta que no es dicha por terceros no me la creo, y es que, por lo menos, ¡algo hay en este país que hagamos bien! Por mi parte, me ahorraré las introducciones, puesto que ya veo que me conoces mejor que yo misma – le dijo, con tono irónico y sarcástico.

Fueron pasando los minutos y Lucas consiguió entablar más de una introducción con Julia y logró sentarse junto a ella para desayunar juntos. Durante el eterno desayuno que ambos vivieron, entablaron palabras y opiniones que a Julia le parecieron muy interesantes. Aun así, Julia seguía muy extrañada: demasiado casual que alguien de la calle conozca al detalle todas las acciones que el movimiento Hermanas de la cultura había realizado durante todos estos años. No obstante, con el paso del tiempo fue disipando dudas y olvidando toda clase de conspiraciones, pues, tal y como se presentó, eran del mismo gremio y podría ser que dentro del mismo hayan sucedido charlas sobre la obra de las dos hermanas

Con el paso de los días, Lucas y Julia entablaron una amistad tan especial para ellos como sospechosa a los ojos de María, quien siempre ha visto las cosas desde un punto de vista conservador, a pesar de ser la pequeña fue la que dio el paso y animó a su hermana a realizar la obra de culturizar a todos aquellos pueblos afectados por el franquismo. Lucas y Julia empezaron a jurarse algo más que una amistad, no solo brotaron flores aquel verano, ambos empezaron a tener una relación más allá de cualquier amistad, hasta el punto que Lucas le propuso de irse a Madrid con él, pues él sólo estaba de paso en Barcelona.

Tras constantes negativas de María, Julia accedió a ir con él, a dejar solas a su hermana y a su madre, ¿después de todo lo que habían luchado lo dejará todo por un alguien que ha conocido hace unos días? María, se vio obligada a disparar hasta el último cartucho de su dialéctica para revertir la decisión Julia:

– ¡No lo hagas! – insistía María.

– ¡Le quiero! Quiero a Lucas y no quiero echar a perder esto que tenemos. Bastante hemos sufrido ya con esta mierda, ¿no es hora de disfrutar un poco? Tenemos cuarentaitantos años las dos, ¿no merecemos un descanso, hermana? – dijo Julia, llorando, harta de seguir sufriendo por luchar en contra del sistema.

– Vaya, veo que te ha comido bien el coco en tan poco tiempo, lo suficiente para echar a la borda años de sacrificio que mamá ha tirado por la borda para nosotras, ¿y te vas a Madrid en plena reforma para vivir la vida loca con el primer mindundi que te ha dicho cosas bonitas? Sabes que nunca me ha transmitido mucha confianza este hombre y espero equivocarme, así como espero que sea el hombre de tu vida si decides irte. Pero quiero que sepas otra cosa: si decides irte con él, una vez cruces Aragón, tu madre y tu hermana sólo serán recuerdos para ti porque, para cuando decidas volver una vez habiendo visto que te equivocaste, ya estaré muerta – dijo, Maria, de forma brusca, violenta y tajante.

Julia decidió irse con Lucas, con todo el peso que suponía decirle adiós a la familia. Una vez llegaron a Madrid, Julia se vio envuelta en una emboscada totalmente planeada por Lucas, ya que él realmente era miembro de un grupo clandestino profranquista renegado a un progreso de cambio democrático que perseguía actos como el de las hermanas de la cultura para darles castigo. Fue castigada y torturada hasta el punto de asesinarla lentamente, con mucho dolor y demasiada saña para ser una persona civilizada. No obstante, antes de ser asesinada, entablaron unas últimas palabras:

– Lucas, ¿Por qué? – le dijo, con un tono moribundo, sin fuerzas apenas para respirar, casi en su lecho de muerte.

– ¡Porque sois escoria! Tú y tu hermanita enseñasteis idiomas que no eran el castellano a personas y familias perseguidas por el estado, lleváis más de veinte años dándonos por saco huyendo del régimen como si fueseis ratas de alcantarilla. Ahora se os ha acabado el royo, ¿no te acuerdas todo lo que me contaste en confianza sobre el movimiento? Mi grupo ya lo sabe todo acerca de vosotros. Volveremos a Barcelona para masacrar todo lo que habéis conseguido y cuando te mate a ti iré a por tu madre y a por tu hermana. Sólo hay una cosa que lamentaré de todo esto, y es que no sabía que las republicanas follabais tan bien – le dijo a Julia,

posteriormente apretó el gatillo de su pistola para clavarle una bala en la frente para acabar con su vida.

Alejandro, apoyar a la familia puede ser arriesgado, pero la familia es el único grupo de personas que se aman incondicionalmente y es el que más duele cuando este vínculo se pierde, como le ha pasado a Julia. De cierto modo, tú abandonaste a tu familia por tus vicios y tus tentaciones, dejando de lado todo tipo de ayuda por su parte.

Alejandro, bienvenido a tu familia.

Capítulo 5

Capítulo V

No Juzguéis

Esta breve historia sucedió en una época muy reciente, un psicólogo de colegio trataba el déficit de atención de un niño incapaz de atender en clase, por el contrario se limitaba a hacer pedorretas y a molestar a los otros niños de su promoción. Era un caso perdido, ningún tutor quería hacerse cargo de él, pues daba muchos problemas. Jorge, un prestigioso psicólogo que trabajaba en el ese colegio algunas tardes se dedicó en cuerpo y alma en el caso de este niño:

– ¿Cómo te llamas, chico? – le preguntó el psicólogo.

– ¡A ti qué cojones te importa! Te vas a ir, como todos – dijo el niño.

– ¿Como todos? – formuló esa pregunta el psicólogo con cierta retórica.

– Sí, sois basura pagada.

– No me gusta ese tono, así que si tú me vas a hablar como un niño grande, te trataré como un niño grande por mucho que tengas once años. ¿por qué crees todo esto? ¿Qué te ha pasado para creer que estás tan solo?

– Me llamo Claudio y mis padres me odian porque intenté tirarle una olla de caldo a mi prima, la odio, es tan refinada, tan lista, tan sabelotodo, te juro que la mataba si pudiese…

– ¡Matar está mal, chico!

– ¡¡¡Ella sí que está mal!!!

– Cálmate.

– Luego aquí no hacen más que castigarme sin motivos. Me tienen mucha manía y sólo porque hice algo mal, muy mal pero que ya no lo volveré a hacer.

– ¿Qué hiciste?

– Le hice un corte a un compañero, perdí los nervios y cogí el cuchillo del comedor.

– ¿Cuánto hace de eso?

– Dos años o así.

– ¿Y dices que te castigan por que sí?

– Sí

– Muy bien, hemos terminado por hoy, puedes irte.

– ¿Ya? ¿No haremos eso de ver qué animal es el que pone en la tarjetita ni nada?

– Y que más te da, ¿no? Hace poco querías que me fuera, eres libre, nos vemos mañana.

Jorge tomo las notas pertinentes, tras unos días con el muchacho, de estudiar a fondo su comportamiento y de todo lo que le decía en las charlas, sumándole el informe que los profesores le daban, con mucha paciencia llegó a una conclusión totalmente diferente a la que todo psicólogo, rendido por la presión del niño, no logró asumir. El problema se vio reflejado fuera de Claudio, de hecho, según el informe que redactó Jorge y que dejó pasmados a toda la junta de padres y al profesorado en general, Claudio no tenía ningún síndrome de déficit de atención, su bajo rendimiento académico fue fruto de un error aislado que en su día Claudio cometió y que le está pasando factura desde hace dos años hasta a día de hoy: clavarle un cuchillo a un niño de clase. Ese hecho produjo una cadena de desfortunios en la persona de Claudio, precipitándole a ese estado de locura que, aumentado por una mala gestión del profesorado hacia ese problema, Claudio ha estado viviendo durante estos dos años.

¿En qué os parecéis tú y el pequeño Claudio, Alejandro? En que ambos vais a pagar toda vuestra vida errores enmendados. Aunque no los cometáis siempre os meterán en el mismo saco, porque habéis manchado vuestro nombre con ese error, habéis permitido que os señalen con el dedo del juicio y ahora os toca pagar un precio carísimo por todo aquello que habéis mandado al traste con errores imperdonables.

Alejandro, bienvenido al castigo social.

Capítulo 6

Capítulo VI

Mi amigo, mi hermano

Una vez tuve a alguien a quien le confiaba todo, alguien que apoyaba todo mi dolor y él lo encajaba devolviéndome una respuesta, o por lo menos un abrazo, con eso ya bastaba. Esta historia la protagonizan dos personas, dos amigos, uña y carne desde que eran pequeños. Ambos solucionaban sus problemas entre ellos y nunca hubo ninguna clase de conflicto que supusiera algún problema para ambos.

Pero, Alejandro, ¿te acuerdas cuando le perdiste? Ese momento en el que se cansó hasta su sombra. Aquí tú eres el protagonista, sólo quiero que reflexiones y veas por qué perdiste a alguien tan especial como un mejor amigo que era como tu hermano. Estuvo contigo hasta el final, hizo más que tu familia pero le devolviste la moneda con ingratitud y desprecio, dejando de lado lo que él sentía por ti y permitiendo que estos sentimientos que él sentía por ti se fueran al traste.

Hoy le has perdido. Perdiste algo tan especial como un tesoro eterno que es una amistad. Intenta llamarlo, no lo cogerá. El valor del puñetazo que le diste es más elevado que el dolor físico que supuso ese golpe.

Este breve inciso es sólo para que reflexiones acerca de Javier, quien todavía espera un lo siento por tu parte y que morirá sin escucharlo, pues no quiere saber nada de ti, no quiere saber si estas limpio o no, sólo quiere verte muerto y consumido. Quien fuera tu amigo, quien fuera tu hermano, hoy es sólo una persona más que se cruzó en tu vida y, como todas las buenas personas que te has encontrado a lo largo de tus putrefactos años, has echado fuera de tu camino rocoso, sin pavimentar, lleno de curvas y virajes mortales.

Alejandro, bienvenido a la soledad.

Capítulo 7

Capítulo VII

Poesía por el dolor

Soy Alejandro y mi mente está herida,

Soy quien fui fruto de una mala vida,

Fui quien quise ser,

Soy quien no quiero ver.

Mi mente está rota soy

nada de lo que quiero hoy,

Alma que busca un castigo,

Muerto en vida porque sigo vivo.

Soy Alejandro y mi alma está en coma,

Soy todo lo que merezco,

Si bien fue cierto que todos los caminos van a Roma

¿Por qué aun no voy recto?

Alejandro Aniano

Día 157, primer año.

Recuerdos,

Sólo

Recuerdos

Solo.

Experimentar, callar

Manifestar, obrar

Inquietar, matar.

Cientos y miles de males

En el mundo hay

Cientos mil lares

Pisaré.

Pero esto es el fin.

Alejandro Aniano

Día 1205, tercer año.

Para siempre, encerrado

¿Por qué he ido?

¿Por qué me han llevado?

¿Me evado o me suicido?

Mil dudas afloran en mi cabeza

Más de mil días,

Mil lunas,

Y encima de mí una gran pereza.

Alejandro Aniano

Día 2000, sexto año.

Libre, no hay versos

Soy libre, la puerta está abierta

Libre

Al fin.

Alejandro Aniano

Día 2190, sexto año.

Capítulo 8

Capítulo VIII

A mamá

Cogí un papel y un bolígrafo que vi en el suelo. Ahora el que habla soy yo.

Me gustaría expresarte tantas cosas, mamá, tantos agradecimientos, tantos lloros que tengo guardados para ti, tanto amor que entregarte, tanto perdón que ofrecerte.

Pero ya no estás…

No he tenido oportunidad de pedirte perdón, pues ya no soy tu hijo para ti, me he portado como un auténtico imbécil. Soy una mierda de hijo, soy lo que nunca quisiste que fuera y no me quiero para nada, sólo deseo que, por lo menos puedas abrir la carta que en estos momentos estoy escribiendo para expresarte mi más sincero agradecimiento y que sin ti estaría muerto. Tú eres mi auténtico ángel, siempre has sido mi protectora, quien ha curado mis heridas, quien ha estado día a día encima de mí para que saliera de esta.

Pero ya no estás…

Hoy, soy consciente de que fui yo quien mandó a la mierda todo el tratamiento y que ¡¡sí!! ¡¡¡Lo reconozco!!! Fui yo quien merecía estar ahí dentro. Tú no me encerraste, tú no hiciste nada malo, te escribo para decirte que me estoy comiendo mi propia mierda y tragándome mi propio orgullo para decirte lo mucho que te he echado de menos estos seis años que me han tenido encerrado como a un perro, dándome pastillas hora sí y hora también, acudiendo a psiquiatras que sólo veían un problema en mi espíritu, cuando realmente mi problema es que ya no estás.

Ya no estás…

He deambulado tanto tiempo por centros de desintoxicación, a la par que de sanatorios y psiquiátricos que lo único que les interesaba es que fuese más dócil para sus experimentos. Pero eso a quién le importa.

Sólo te pido por favor que abras esta carta y leas el mensaje que quiero transmitirte, quiero volver a verte, y mientras lloro desgarrado por el dolor que me supone tener que escribirte en un papel podrido que encontré en el suelo de mi mierda de casa y no poder decírtelo en

persona, porque no quieres verme.

Porque ya no estás…

Alejandro

Muy bien dicho, Alejandro, bienvenido a tu hoy.

Capítulo 9

Capítulo IX

No mirar atrás

Alejandro, ya es hora de mirar adelante, de terminar las reflexiones que de hoy han sido partícipes de tu primer día del resto de tu vida. Has vivido de manera directa cómo toda tu vida se fue al traste, ahora sólo nos toca remontar vuelo, ¿Qué? ¿Cómo lo haremos? Sólo es cuestión de seguir afrontando la realidad. Afrontemos que estás acabado y lo único que puedes hacer es vivir un estilo de vida que es consecuencia de lo que has hecho a lo largo de estos años.

Has cumplido penitencia durante más de seis años, es decir, toda una juventud yendo de psiquiatra en psiquiatra buscando un sitio donde te den el alta que tanto deseabas, no obstante seguías buscando la forma más fácil de calmar ese mono que te tuvo cegado toda tu vida.

Alejandro, dejemos de reflexionar. Doy la bienvenida a tu nuevo yo, el yo que ha soportado todo el castigo que tenía que soportar y que afronta una nueva vida, lo que queda de ella. Coge esta oportunidad ahora que te ha sido brindada, vete de esta casa, busca algún trabajo en algún comedor social de exdrogadictos y coge las riendas de esta vida tan secundaria que te espera.

Es hora de irme, es hora de dejarte solo, de decirte adiós y de acabar con este viaje hacia tu subconsciente, que es quien te habla realmente. Estaré siempre dentro de ti, pero no volveré a aparecer. Dije todo lo que tenía que decirte y, buscando dentro de tus recuerdos, he mostrado todo lo que quería mostrarte, así estoy en paz, estamos en paz. Esta vez haz las cosas bien, por ti, te has disculpado de tu madre, de tu familia, de tus amigos y de tu pareja, ahora, por mucho que sepas que no van a volver, es hora de perdonarte a ti mismo, siente ese perdón, levántate de ese rincón y sal de esa casa, sal de aquí, esta pocilga no volverá a encerrarte, busca el camino que mereces.

Alejandro, bienvenido a tu nueva vida.

Capítulo 10

Capítulo X

Lo siento

Desapareció esa voz que estuvo diez minutos atormentando mi cabeza.

Sólo diez minutos, en los que me he dado cuenta de estas cosas. No sé realmente cómo ha sido, ni por qué. Lo único que sé de cierto modo es que me siento bien, así que aceptaré mis propias disculpas. Sin embargo, sentado en este rincón se está bien, quiero seguir reflexionando, o dormir, qué más da.

Hoy, puedo decir, después de seis años, que soy un alma libre, ya que no me quiere nadie y de hecho nadie me espera en ningún sitio. Todos creen que he desaparecido para siempre, creen que soy una sustancia finita, material, sin una mente que lo lidere. Quizás estén en lo cierto, pero mientras miro el techo húmedo de mi pocilga pienso todo lo que pasó ahí dentro y, de cierto modo, soy, que sé yo, algo, que nunca pensó, pero que sí sintió todo lo que sucedía a su alrededor, todo lo que me superó y no supe lidiar con ello.

Pediré perdón, aun a riesgo de no solucionar nada, a todas aquellas personas que la droga y mi locura les ha hecho algún tipo de mal, pues yo no soy así, nunca quise ser así, nunca, y cuando digo nunca es nunca, he obrado con malas intenciones. Quizás fue porque era un preso mental de una dependencia; las manos limpias de mi alma estaban esposadas en un hilo interminable de droga, esquizofrenia, bipolarismos y demás mierdas que el puto polvo mágico produce en el organismo de un simple ser humano como soy yo.

Amor, realmente, el único que sirve es el propio, cosa que nunca tuve claro, puesto que me violaba a mi mismo con cada raya de cocaína, con cada pinchazo de LSD, con cada sueldo que derivaba a números rojos cuando ni los aumentos eran capaces de cubrir toda la droga que consumía, para ocultar ¿el qué? ¡Lo tenía todo resuelto! ¡¡¡TODO!!! Y lo eché a la borda, por mis dudas, por mi ego, por no defraudarles a ellos, y por culpa de todas las dudas que concernían mi cabeza, hoy, me estoy viendo afrontando una nueva vida fuera del que fue mi gran círculo protector. Y eso, es lo que realmente siento.

¡Qué más da! Os preguntaréis qué más dará si pido perdón a todas aquellas personas aun a sabiendas de que realmente me estoy pidiendo perdón a mí mismo, puesto que es mi mente la que reproduce este mensaje, no un teléfono o un correo que no tengo, es sólo mi mente, la que se encarga de reproducirlo y, aún así, ya estoy contento. Estoy muy

contento, porque, qué más da, si yo ya estoy muerto.

FIN